

anhelo de quienes de esa desigualdad hacen tribuna para arengar con entusiasmo á los desposeídos.

Los defensores de la burguesía no son igualmente favorecidos por la lógica. El sentimiento humano—formidable é inmanente—sabe gritar también á ratos perdidos tras de las corazas de la convención social que los baluartes del privilegio representan, y la noble traición vende la plaza.

Entramos en ella unos instantes para enarbolar un triunfo fugitivo de nuestros afanes.

Entretanto, nos ocurre preguntar á la conciencia universal: ¿es que los niños pobres no tienen derecho á la alegría? Y si lo tienen, podremos los hombres de honor seguir tolerando que ese derecho se viole indefinidamente en nuestro derredor?

Si meditamos en esto habremos de concluir por declarar que la falta de aguinaldos para los hijos del proletariado en esta Navidad no volverá á repetirse. Porque exigiremos de los acaparadores de la fortuna, en otro caso, la restitución que en esa forma habrán de hacer al patrimonio universal.

Todos
alegres

Nosotros fuimos con nuestros niños á un asilo de inválidos, á compartir con ellos la alegría de la Pascua.

Destrozados dolientes del huracán de la vida son aquellos viejos reclusos, á quienes la naturaleza se niega con porfiada sabiduría á dar su mendrugo de descanso.

Ellos también gustan de creerse niños cuando el perfume agreste de los *portales* lleva á sus sentidos la ilusión de los renacimientos. Que no es otra la impresión que á todos nos agita en estos días en que el dolor concede su armisticio anual.

Aun los más achacosos parecían ser ágiles. La vieja de la tos tenía el rostro plácido, y quieto, muy quieto el fuelle de su pecho. La coja no claudicaba; andaba á tranco veloz por los corredores pavimentados. La idiota animaba

su habitual sonrisa con pálidos fulgores de pensamiento; hasta nos pareció que afectaba á ratos la seriedad esa solemne que pasa entre las gentes cuerdas como revelación de buen sentido. La paralítica no se movía ¡es claro! pero ya no mostraba en su mirada aquella perenne nostalgia del trajín; parecía contenta de su falta de acción que le permitía saborear con calma, á todo gusto, los encantos de la Navidad.

Todo en aquella tristeza derruida estaba alegre. Las carcajadas brotaban de cada boca macilenta como parásitas en grietas de ruinas, mientras la Directora del Hospicio pasaba repartiendo aguinaldos y sonrisas: esos otros valiosos agasajos.

Todos alegres; menos nosotros, los que tenemos la enfermedad de pensar y sentimos con el corazón del mundo doloroso los dolores del mundo; los que no hallamos donde todos lo hallan, el motivo de tan grande alegría.

Sólo un niño ciego, que allí está no se sabe por qué—como brote esmirriado entre una generación de troncos leprosos,—alzaba la carita contraída por la mueca atormentadora de siempre, y palpaba en torno con aire de extraviado. Ciego, mudo y torpe el pobrecito. En su gesto lleno de protestas, parecía estar incrustada esta pregunta: «pero ¿por qué se alegrarán esas gentes? Yo no siento antojo de reír. Nada sé de lo que ellos celebran. Probablemente la causa que genera esas complacencias no alcanza á todos los que estamos aquí. Por allí habló una mujer de alegría universal. ¿Por qué? Seguramente no seré yo la sola persona privada de luz y de ventura. ¿Y no somos nosotros, los atrofiados por la maldición de la herencia, una gran parte de ese universo que se cree conmovido por el deleite en este día, negro como todos mis días? ¡Quién sabe si no habrán equivocado su contento esos compañeros! Por lo menos le dan al hecho que lo origina una importancia universal que está muy lejos de tener.»

¡Ah! y qué alegría la suya cuando lo tomamos de las manos y uno de